



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.



CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien don Fernando dijo: por cierto, señor capitán, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, olgáramos que de nuevo se comenzara; y en diciendo esto don Antonio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció don Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zoráida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas (1) que vestia mostraron ser oidor como su criado habia di-

(1) La ropa luenga y las mangas arrocadas, esto es, la vestidura talar abierta por delante, y las mangas con vuelillos por abajo, y guarnicion ancha á manera de rocadero por arriba, formatu la toga ó garnacha con que entonces caminaban, segun se ve por este lugar los Oidores.

cho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoráida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió dijo, seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guía y adalid (1) á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced digo en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoráida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla, pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de don Quijote le desatinaba; y ha-



(1) *Adalid*, también *guia* *ador*, nombre arábigo, responde al nombre latino *dux*, y es el que guia á otro y le va enseñando el camino. Cov. — Arr.

biendo pasado entre todos cortesés ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fue contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

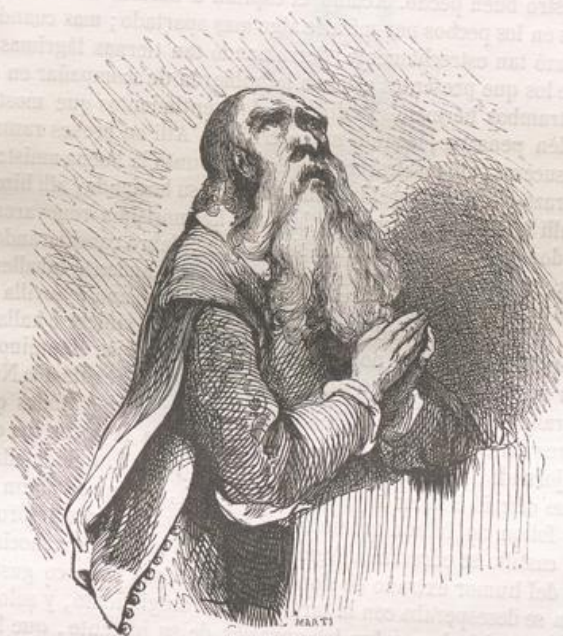
El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazón y bar-runtos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él ve-nían, cómo se llamaba, y si sabía de que tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él había visto se acaba-bó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Carde-nio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su herma-no. Hábiale dicho también el criado como iba proveído por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo también como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para cono-cer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitán, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitán, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de mo-do que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cauti-vo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, el cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenía de esforzado y valeroso tenía de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese ca-pitán, señor mío? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le había sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos mejores que los de Catón; y se yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le había sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestro (1) de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes suce-sos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fue prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoráida á su hermano había sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez había sido

(1) *El Maestro de campo* mandaba un *Tercio*, que entre nosotros era un cuerpo de infantería, parecido á la legion romana. —C.

tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los franceses á Francia.

Todo lo que el cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡oh señor, si supiédes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el bonroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me véis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mi ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder haritar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre mu-



riendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo, es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga

mi viaje, no con aquel contento con que le comenzé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio, y quien supiera ahora donde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los míos! ¡Oh quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh Zoráida hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima.

Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoráida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitán á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aqui veis es el capitán Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitán á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoráida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí don Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoráida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoráida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva-España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompa-

ñase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

